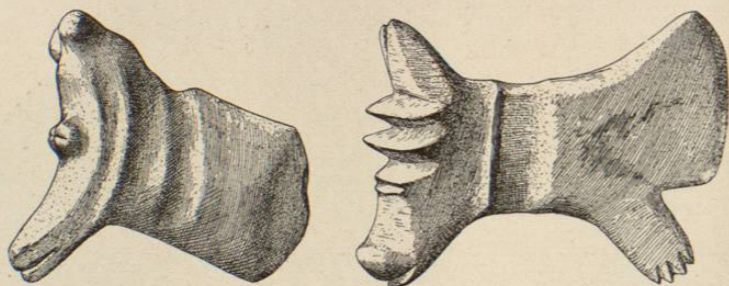


pequeñas, de dos á cuatro pulgadas de altas, y muy ensanchadas en forma de copas.

Varias de las adornadas presentan señales evidentes de que se hicieron en dos secciones horizontales, más ó menos del mismo tamaño, que se unieron después. Aunque la mayor parte de las vasijas son de contornos simétricos, muchas de las adornadas parecen haber perdido algo de su gracia al ser fabricadas.

En el pueblo azteca de San Pedro, unido por tranvía á Guadalajara, vive Timoteo Panduro, escultor azteca que aprendió su arte por sí solo, pero de habilidad nada escasa.



Destral de ceremonia, usado en los ritos sagrados. De cerca de Chapala. Longitud, 9 cm. Destral de ceremonia, usado en los ritos sagrados. De cerca de Chapala. Longitud, 10.6 cm.

Los viajeros que van á Guadalajara lo llaman á los hoteles para que les haga sus bustos en barro, los que modela en unas cuantas horas. El precio de dieciséis pesos mexicanos que cobra, no guarda proporción con el mérito de su trabajo.

Fui á dar un paseo al hermoso lago de Chapala, el mayor de México, que mide cincuenta millas de longitud y de quince á dieciocho de ancho. Su nombre, que es náhuatl, debería ser Chapalal, imitación onomatópica del ruido de las olas que juegan en su ribera. Se va en diligencia á una pequeña población del mismo nombre, situada á la orilla, donde se han construído bonitas casas de campo.

Se encuentran en ese lago, especialmente en su extremo occidental, grandes cantidades de diminutas vasijas anti-

guas, de fabricación tosca, y buen número de otros objetos. Cerca del pueblo de Ajijic (del náhuatl: *atl*, agua; *xixim*, desparramar; *c*, en ó dentro, ó sea "donde se desparrama el agua") hay gente que se dedica á bucear dichos objetos, que ensartan en cuerdas para venderlos á las personas que visitan el pueblo de Chapala. Por mi parte, reuní varios centenares, y su número parece inagotable. Nadie sabe cuando ni porqué fueron arrojados al lago. Lo más probable es que fuesen ofrendas votivas al dios del agua, en solicitud de buena suerte, salud y otros beneficios materiales.

En Guadalajara me fueron á ver un día los padres de Ángel, ambos indios de raza pura. La anciana madre había estado muy inquieta por su hijo acerca de quien no había tenido noticia durante largo tiempo. Como era inteligente al grado de saber leer y escribir, había desahogado los sentimientos de su corazón en una carta que me dirigió bajo estas laconicas palabras:

DON CARLOS, Noruega.

La pobre mujer exigió demasiado á las modernas facilidades postales; pero, al fin, recobró á su hijo, pues allí me separé de mi leal y abnegado sirviente que volvió á su hogar, de su excursión, más avisado si no mejor de lo que había sido siempre. Como ejemplar de indio civilizado que nunca había sabido su lengua nativa, era muy interesante. Su honradez y seguridad me admiraban, pues á pesar de que



Ángel.

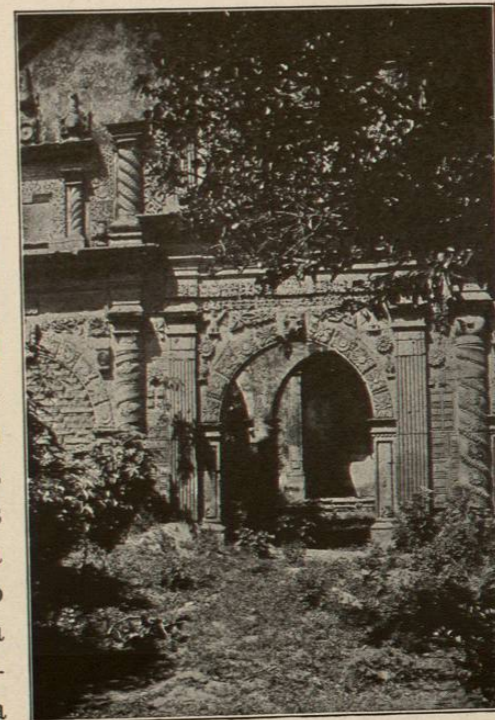
varias veces lo había enviado por algunos días á comprarme antigüedades en los ranchos, jamás se había apoderado de un solo centavo. Cuidaba de mis propiedades é intereses como si fuesen suyos. Mostrábase pronto á aprender lo que no sabía, y únicamente con que le hubieran enseñado en su juventud á leer y escribir, habría podido desempeñar



Iglesia de Santa Cruz de las Flores, uno de los más antiguos edificios de Jalisco.

importantes comisiones. Hice lo posible por inducirlo á aprender á leer, escribir y contar, y obtuve su promesa formal de que lo intentaría, aunque me temo que lo eche en saco roto y confirme el proverbio "cuanto más viejo más pellejo." "Salomón olvidó sus libros en la tierra de usted," solía decirme, "por eso saben más que nosotros, no porque hayan aprendido á leer y escribir."

Ángel era católico sincero, pero había cierta frivolidad en sus creencias y no era muy celoso en asistir á misa. Á una mujer que se lo censuraba en estos términos: "los buenos cristianos no dejan de ir á misa, al menos en toda la cuaresma," le contestó secamente: "¿para qué quieren ustedes tantos cristianos?" Una vez se expresó así conmigo: "He estado pensando preguntarle qué religión tiene la gente en la tierra de donde usted viene. ¿Creen en Dios al otro lado del mar? He visto que usted gasta mucho dinero cuando nos detenemos en los pueblos; compra muchas cosas y no vende nada, ni usa las cosas que compra. En esto está la malo."



Pórtico de la iglesia de Santa Cruz de las Flores.

Á pesar de la perspicacia de su entendimiento, sus supersticiones eran muchas y no desechaba sus singulares ideas sobre las cosas del mundo. De los ferrocarriles, por ejemplo, tenía muy pobre opinión. El modo rápido y sin ceremonias con que corren y son manejados estaba en pugna con su manera de entender el respeto. Para los indios, los trenes son manifestaciones diabólicas y creen que antiguamente se detenían cuando algún padre entraba en ellos. Hasta hace poco se ha hecho seguro para todos

viajar en ferrocarril, debido á que se ha logrado conjurar á los demonios.

“México,” opinaba Ángel, “se está vendiendo desde que vinieron los trenes y empezaron los extranjeros á hacer lo que quieren. El ferrocarril ha hecho mucho perjuicio porque ahora no hay trabajo para los pobres arrieros.” “Pero mira todo lo que ganan los pobres trabajando para el ferrocarril,” le sugerí. “Bueno,” repuso; “ese dinero de



Mujeres criminales moliendo maíz para los presos en la cárcel de Querétaro.

nada les sirve. Los sábados lo gastan todo, y hasta tienen que pedir á veces prestado para vivir en la semana. Yo creo,” prosiguió, “que hasta el dinero que usted me está pagando es malo para mí y para mi familia, porque no veo como lo gana. ¿Quién sabe lo que irá á hacer después? Supongo que algún día, con ayuda de todo lo que se lleva, se apoderará de los pueblos y caminos de nuestra tierra. Usted ha tomado notas de todo, me parece á mí.”

Antes de regresar á la Sierra Madre, en 1898, escribí de Nueva York á Ángel pidiéndole que me fuera á esperar

en cierta fecha á Colotlán, Estado de Jalisco, distante como una semana á pie de donde el vivía. Cuando llegué al lugar, ya había estado esperándome dos días, y aun me dijo que el día que recibió mi carta estaba preparándose para casarse. *Sus gentes* habían matado una vaca y disponían una gran fiesta; pero todo lo dejó, incluso su novia, por ir á verme. “¿No temes perderla?” le pregunté, y él repuso: “Como si no hubiera más mujeres!” De hecho había estado vacilando entre dos muchachas, sin saber á mal escoger; pero esa vez estaba resuelto á quedarse con la que más resintiera su ausencia.

En unos dos días se trasladó uno por ferrocarril de Guadalajara á El Paso, Texas. Después de tres años de no hallarme en los Estados Unidos, los americanos de la

frontera me parecieron todo lo contrario de lo que los mexicanos llaman *simpático*. Todo el mundo se mostraba tan serio, tan “estrictamente ocupado,” como si nadie tuviera tiempo para gozar de la vida. Aun el comer antojábase una rutina que precisaba satisfacer con toda la brevedad posible. En el hotel, los groseros mozos servían á la vez agua helada, carne cruda, pan caliente y tocino con frijoles de lata. Al poner la mesa, frotaban los sirvientes, por cor-



Familia indígena en camino.

tesía, los útiles de mesa, aparentemente limpios, con la inevitable servilleta con que en ocasiones se enjugan la cara ó se retuercen los bigotes. Involuntariamente me acordé del delicioso hotel de Guadalajara, con su buena comida servida en espaciosa y ventilada galería, junto á fresco y fragante jardín. Todas esas comodidades eran mías por la modesta suma de dos pesos mexicanos; mientras que ahora, al otro lado del Río Grande, todo, desde la media botella de cerveza hasta la cama del Pullman, me costaban dos veces más que allá.

Sentí alegría, sin embargo, de volver al seno de los muchos afectuosos amigos que he tenido la fortuna de tener en la gran república. Ciertamente me gustan más los hombres civilizados que los primitivos, pero por mucho que me satisfagan las comodidades y placeres de la vida, no me pueden borrar las impresiones que almacené durante mis peregrinaciones por el México desconocido. El encanto de vivir en íntima comunidad con la naturaleza únicamente puede ser apreciado por quienes lo han sentido. Sólo ellos pueden comprender lo fascinante de esa región donde aun no penetra el agresivo espíritu del hombre. Mucho sufrí en México; la malaria tiene peculiar fuerza para hacer sentir lo miserable de la vida; pero los recuerdos plácidos superan con mucho á los desagradables. Á menudo recuerdo las adorables mañanas pasadas allá, en que todo se mostraba sosegado y armonioso bajo el brillante sol después de una noche lluviosa, oyendo cantar los pájaros, sin otras molestias que las inevitables privaciones. En cuanto á los morenos amigos que dejaba tras de mí en sus abruptas montañas y descubiertos valles, nunca sentí el aislamiento entre ellos. Tantas cosas ocurren continuamente en el reducido mundo que habitan, que es imposible que no existan el interés de observarlos y el estímulo de estudiarlos. Compartiendo sus gozos y sus penas, penetrando en sus pensamientos y aprendiendo á comprender su ciencia tradicional y sim-

bolismos, me sentí trasportado á millares de años atrás, á las primeras etapas de la historia humana. Tribus primitivas como son, me han enseñado una nueva filosofía de la vida, pues su ignorancia está más cerca de la verdad que nuestras preocupaciones.